

“Conciencia”

El frío le calaba los huesos. Las calles estaban semivacías y parecía que toda la gente se refugiaba en sus casas por la fuerte nevada que estaba por caer.

Adela, una joven de cabellos rojos caminaba sola entre la capa de nieve asentada sobre el suelo. Y a pesar del pesado abrigo que portaba, seguía temblando de frío. Regresaba a su casa puesto que las clases se habían cancelado.

Se detuvo en seco al percatarse que ausentemente sus pies la habían guiado hacia el bosque. Suspiró.

Llevaba días que los pensamientos de culpa no la dejaban descansar.

Tres años, tres benditos años sin ningún remordimiento, ¿y ahora se venía sintiendo así? No tenía sentido.

Inconscientemente se adentró entre los árboles, pensando que tal vez una caminata la ayudaría a despejarse.

—Adela.

Volteó alarmada a la mención de su nombre. Había sido sólo un susurro, un suave suspiro, pero había servido para helarle la sangre.

Juraba que era su voz.

Bufó, incrédula. No podía ser, él llevaba muerto esos tres años. Su mente debía estar jugándole una mala broma.

—Adela.

De nuevo volteó, y sus ojos se abrieron más de lo necesario al percibir una silueta masculina a lo lejos. Contuvo un grito en su garganta, y corrió.

Durante minutos y minutos no se oyó nada más que el ruido de sus pasos en la nieve, su respiración agitada y el siseo del viento; el cual rozaba sus mejillas sonrosadas. Los latidos de su corazón acelerado en sus oídos le permitían bloquear el miedo de sus pensamientos. Su garganta le ardía, sus cabellos le caían en la cara.

Cayó exhausta bajo un árbol. Después de haberse calmado, intentó levantarse repetidas veces, sin embargo fue en vano. No tenía fuerzas.

Ya no podía ver nada debido a la tormenta, sólo escuchar el fuerte rugido del viento que sacudía las ramas de los árboles y ahogaba sus sollozos.

De repente sintió un dolor opresivo en su pecho que le dificultaba respirar e impedía moverse, acompañado de un ruido sordo. Una calidez le sorprendió. Comprendió lo sucedido: una rama había caído sobre ella, haciéndola sangrar.

—No me dejes morir así —suplicó a la nada, desesperada.

Pasó otro tiempo indistinto para ella. Se sentía mareada por la pérdida de sangre, el frío era tanto que dolía y sus párpados pesaban más de lo normal.

De pronto lo vio tan claro. Ahí estaba él, sonriente, casi como si gozara verla en ese deplorable estado.

—Lo siento —articuló Adela con las pocas energías que le quedaban.

Su sonrisa se ensanchó, y el hombre estiró su brazo, ofreciéndole su mano. La pelirroja estiró su brazo libre, tomándola con sus dedos azules y entumidos.

—Ya has sufrido suficiente —le dijo él con indulgencia—. Ahora sígueme.

Todo se volvió negro entonces, y su corazón dejó de latir.

Adriana